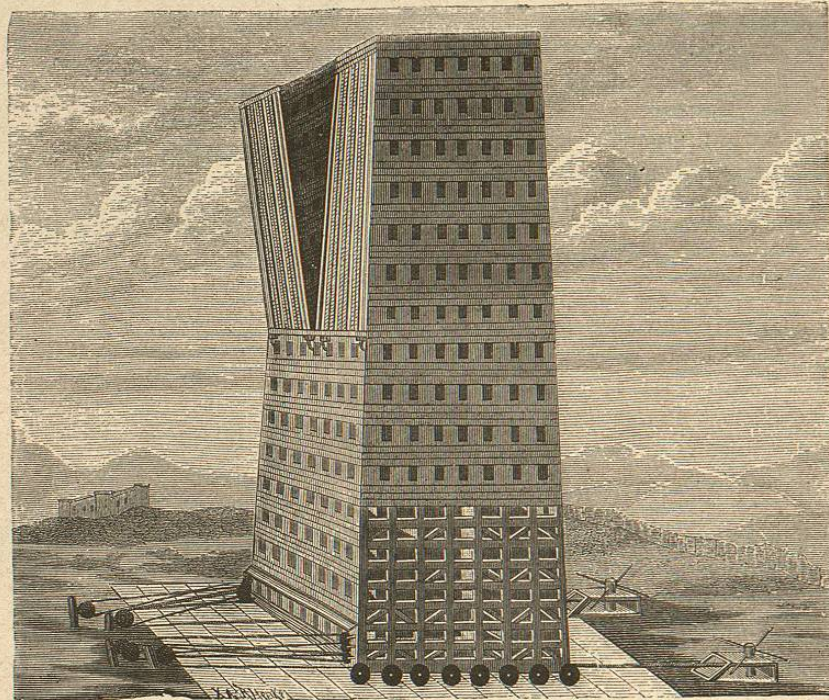


guelfos, por los arzobispos del valle del Rhin y por el papa Inocencio III, fué levantado al solio imperial. Su competidor, Felipe de Suabia, con quien se apresuró á firmar un tratado el rey de Francia, tenía más necesidad de socorro que posibilidad de darlo.

Atacado á la vez por Ricardo y por Balduino IX, Felipe estuvo á punto de perecer cogido entre dos invasiones. Al Norte el conde de Flandes, que quería reconquistar las ciudades del Artois y el Vermandois, se apodera de Douai, Bapaume, Peronne y Roye, y vuelve sobre Arras, á la que pone cerco. Acude Felipe: el

sa. Los franceses fueron desconcertados, puestos en derrota y hechos prisioneros la mayoría. Sin la gran polverada que se había movido, porque acaecía esto en el verano, y sin el destino que no permite lo que no debe ser, el rey de Francia habría sido hecho prisionero. Se le dió caza hasta Gisors, donde halló refugio. Entre los prisioneros había importante cuento de los más famosos caballeros franceses. De sobra se sabe lo que acontece en tales casos. Cuando la desbandada llega, los más valientes son los últimos en huir; los otros toman cuidado de sí mismos y se dan á la fuga con el cuello ten-



Torre de sitio de la Edad media, con puentes levadizos

flamenco, simulando una retirada, atrae á los franceses á los pantanos vecinos á Ipres. El rey, perdido, engolfado en un país inundado, donde Balduino había dado orden de soltar todas las presas, iba á ser diezmado y prendido, cuando se avinieron los flamencos á consentirle una especie de capitulación. Salido de este mal paso y vuelto á París, se apresuró Felipe á declararla nula bajo pretexto «de que un vasallo insurrecto no tenía el derecho de imponer condiciones.» De nada le aprovechó tamaña deslealtad, porque, continuando Balduino su marcha victoriosa, tomó Aire sin causar un solo herido y entró en Saint-Omer después de un mes de sitio (8 de octubre de 1197).

En Normandía la guerra era salvaje. Ricardo había dado orden de estrangular á los prisioneros ó de sacarles los ojos; Felipe hacía lo propio con los suyos. Atacado en Courcelles, cerca de Gisors, por fuerzas superiores á las suyas, logró abrirse un camino; pero Ricardo le persiguió y le hizo sufrir una derrota seria (en 28 de **1198** septiembre de 1198). Los cronistas franceses se guardan muy bien de consignar este incidente. «Cuando Ricardo reconoció la hueste del rey francés, no pareció preocuparse mucho y llamó á sus hombres, que se apresuraron á rodearle. Sin esperar que se hubieran reunido todos, ordenó la carga y se puso él mismo al frente de ellos, corriendo como león hambriento sobre su pre-

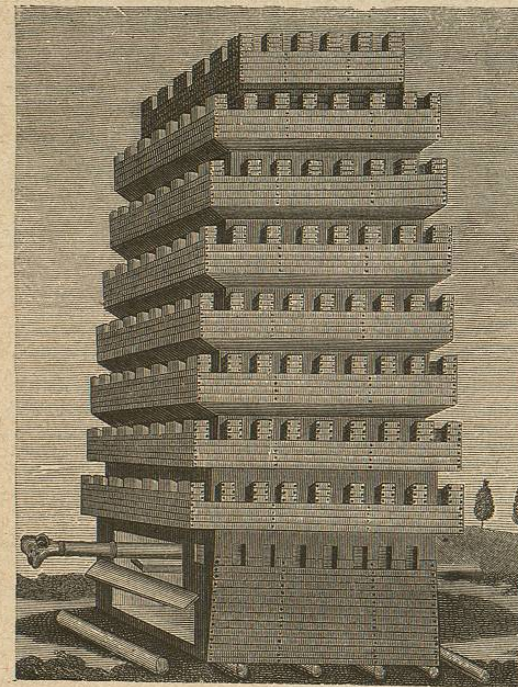
dido. Sucedió que el rey de Francia cayó en un vado. Uno de sus clérigos, hijo de Guillermo de Mello, le alzó, ayudado de otros muchos que vinieron finalmente á su socorro. Una vez salido del agua, no permaneció por más tiempo en Gisors el rey de Francia, porque temía ser cercado allí. Cuando el zorro se deja soterrar es porque no está seguro de la fuga. Por esto el rey Felipe se dió prisa en regresar á Francia. El rey Ricardo volvió con su gente á la Roche-d'Andeli, conduciendo con él, en calidad de prisioneros, noventa y uno de los caballeros del rey de Francia, sin hablar de las gentes de menor cuantía. Desde entonces, en todas las guerras, no vacilaban treinta de los nuestros en arrojarse sobre cuarenta franceses, lo que no había acontecido antes. Y es que los hombres que confían en un buen capitán ganan en ardimiento y valor. El rey Ricardo exaltaba el número de los buenos y reducía el de los malos.»

Este relato del biógrafo de Guillermo *el Mariscal* se ve confirmado por el boletín de victoria que Ricardo envió por sí mismo á los ingleses. «Hemos perseguido, escribe, tan de cerca al enemigo, que en las puertas de Gisors, el puente de Epte se ha hundido bajo los pies de los franceses en derrota. El rey de Francia ha tragado agua en la ribera, y veinte de sus caballeros han perecido ahogados. Nuestra lanza ha derribado á Mateo de Montmorenci, Alano de Rouci y Folco de Guill-

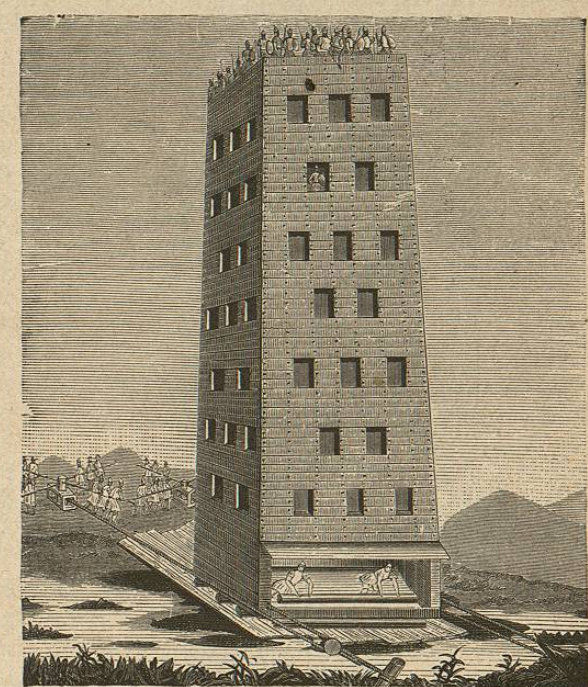
val, á quienes habíamos prendido con cien otros caballeros. Os enviamos los nombres de casi todos ellos: os haremos conocer los de los restantes cuando les hayamos visto, porque Mercadier ha hecho acopio de treinta á quienes todavía no conocemos. El número de prisioneros es inmenso. Se han tomado doscientos caballos de pelea y ciento cuarenta alabardas de hierro.»

Felipe, en furiosa carrera á través de la campiña normanda, abrasó diez y ocho villas; pero Mercadier le dió caza cerca de Vernón y le arrebató buena parte de su caballería. Arrojóse después el aventurero sobre Picar-

el amor debidos á un hijo de la Santa Iglesia, y á su vez el rey Ricardo saludóle respetuosamente como cardenal y padre espiritual. «Señor, dijo el cardenal, ven- **1199** go en nombre del rey de Francia, que está, según parece, lleno de buena voluntad y desearía establecer la paz si también es así vuestro deseo.—¿Y cómo establecer una paz duradera? Reclamo lo que me ha sido arrebatado: cuando el rey me haya devuelto la posesión de mi tierra, le serviré lealmente y le dispensaré de los males que me ha causado y del juramento, que ha violado, de no causar daño alguno á mis Estados



Torres de sitio de la Edad media, con y sin ariete



día, donde hacían mercado los comerciantes franceses, no lejos de Abbeville, hizo allí enorme botín, y repentinamente volvió á vérselo en Breñaña, aterrorizando con sus pillajes y asesinatos á los enemigos de su señor.

La situación del rey de Francia á fines del año 1198 era tan desesperada, que se vió poco menos que obligado á pedir gracia. «El rey Ricardo le ataba tan corto que no sabía por dónde volverse: siempre se lo encontraba delante. Los franceses acabaron por cansarse y muchos se rindieron al rey Ricardo, de lo que recibió grande enojo el rey de Francia. Finalmente, solicitó secretamente á sus barones para aconsejarse. Se le dijo: «Si no os procuráis la intervención de la Sede romana, no saldréis de este apuro.» El rey de Francia era listo y más astuto que un zorro. Comprendió muy bien que este era su único remedio. Llamó á uno de sus clérigos y le entregó las reliquias (en dinero), sin las que el éxito es en Roma dudoso, porque conviene siempre untar las ruedas en el tribunal romano. Casi no es necesario cantar otros salmos. Tal es la costumbre, y el que no vaya defendido de ese género de reliquias se verá con apuros para atravesar sus puertas.

El legado de Inocencio III, Pedro de Capua, tuvo una entrevista con Ricardo el 13 de enero de 1199 entre Vernón y el Goulet. «Saludóle en nombre de Dios y del tribunal de Roma, que guardaba para él la estimación y

cuando su regreso á Francia y hasta cuarenta días después de mi vuelta. Le dispensaré de todo esto y no volveré á armarle querella si verdaderamente desea hacer la paz. Pero, sin esto, buen señor, no hay paz posible entre nosotros.—Señor, repuso maestre Pedro, no me atrevería á prometeros esto. Nadie podría decidirle á devolver todo lo que ha conquistado. Sus consejeros no lo creen bien y no le obligarán á ello jamás.—¿Entonces, Dios os guarde! No disfrutará en paz de mis tierras mientras pueda yo montar á caballo: podéis asegurárselo.—¡Ah, señor!, repuso el cardenal, gran mal es que exista tal querella entre vosotros. Ha de ser la pérdida de la santa tierra de Jerusalén. ¡Por Dios!, moderaos un tanto, á fin de que pueda ser reconquistada, porque si no se hace algo, está en peligro extremo. No tardará en ser tomada y devastada, y con ella la cristiandad entera.» El rey se inclinó y dijo: «Si se hubiera dejado en paz á mi tierra, si no me hubiera sido necesario regresar, toda la tierra de Siria habría sido libertada de paganos. ¡Pero el rey de Francia se ha portado tan mal y deslealmente conmigo! Por obra suya fui retenido en la cárcel. Buscó entonces y busca ahora el medio de despojarme de mis bienes hereditarios. Pero, si Dios quiere, no lo logrará.»

Después de mucho hablar, Ricardo consintió en otorgar á Felipe Augusto una tregua de cinco años, pero se

manifestó inflexible cuando el cardenal le pidió de parte del papa la libertad del obispo de Beauvais. «No fué hecho prisionero como obispo, sino como caballero, armado de sus armas y ceñido de coraza. ¿Habéis venido para esto? Verdaderamente, si venís encargado de un



Monumento funerario de Ricardo I Corazón de León en el convento de Fontevrault

mensaje, no ha de ser el tribunal de Roma bastante á garantizaros del bofetón que podríais transmitir al papa como recuerdo mío. ¿Me cree loco el papa? Bien sé yo que se burló de mí cuando le rogué que viniera en mi auxilio, estando yo prisionero, por servir á Dios. Ni tan sólo se dignó pensarlo. ¡Y ahora le parece justo reclamarme la libertad de un incendiario, de un tunante, de un tirano que devastaba mis tierras día y noche! Salid de aquí, señor traidor, embustero, tramposo, simoníaco.

Y pedid á Dios que no os vuelva á encontrar jamás en mi camino.»

Las condiciones de la tregua eran duras, y de Normandía y del Vexin sólo Gisors quedaba en poder de Felipe. Cedia al de Inglaterra todos sus derechos sobre el arzobispado de Tours. Su hijo, el príncipe Luis, debía casar con una sobrina de Ricardo, Blanca de Castilla. Finalmente, se comprometía á ayudar á Otón de Brunswick, el sobrino y aliado de Ricardo, á hacerse dueño de la corona imperial. Este tratado hacía perder al rey de Francia casi todo el fruto de diez años de guerra y le infligía la humillación de abandonar la política que siempre había sido suya en Alemania.

Todavía le fué más penoso ponerse de acuerdo con los altos barones de Francia que le habían abandonado. Por tratado que se firmó en Peronne, un año después, con Balduino IX, conservaba Felipe Arras, Lens, Bapaume y Hesdin, pero renunciaba á Douai, Aire, Saint-Omer, Béthune y al homenaje del condado de Guines. La monarquía de los Capetos volvía á retroceder en todos sus extremos. Sus adversarios no soltaban las armas. La guerra podía reanudarse instantáneamente. ¿Qué pasaría si los jefes de los Estados feudales se coaligaran todavía en más crecido número con el enemigo? La verdad es que Felipe nada había perdonado para que este movimiento no llegara á realizarse. Y obtuvo del duque de Borgoña, Eudo III, un juramento prometiéndole que jamás tomaría las armas por Ricardo; Felipe le cedió á cambio todos los derechos de la monarquía sobre la abadía de Flavigni.

Sobrevino entonces un acontecimiento que debió causarle gran alegría. Sitiaba Ricardo con Mercadier el castillo Châlus en Limousin, donde se había refugiado uno de los señores rebeldes de Aquitania, el vizconde de Limoges, Ademar V. El 26 de marzo cayó herido por un golpe de ballesta que le entró profundamente por el hombro izquierdo; Mercadier hizo cuidar al rey por su médico y tomó por asalto la fortaleza. Todos los sitiados fueron ahorcados, salvo el soldado que había herido al rey, á quien sin duda se destinaba más cruel suplicio. Pronto la herida se hizo gangrenosa. Ricardo sintió que iba á morir. Si los cronistas ingleses no han dramatizado un poco los últimos momentos del héroe, parece que dijo, dirigiéndose al ballestero que le había herido: «¿Qué mal te había hecho?, ¿por qué me has querido matar?—Vos habíais muerto por vuestra propia mano á mi padre y á mis dos hermanos: me he tomado el desquite. Estoy dispuesto á sufrir todos los tormentos que invente vuestra crueldad, con tal que muráis vos, causa de tan graves daños en el mundo.» Ordenó Ricardo que se le diera dinero y le dejaran libre. Pero apenas Ricardo hubo muerto, volvió Mercadier á prenderlo, le hizo despellejar vivo y le ató en seguida á una horca.

«El rey Ricardo ha muerto y hace mil años que hombre cuya pérdida fuera tan grande no había muerto. ¡Nunca tuvo igual! ¡Nunca fué nadie tan leal,preciado, ardiente y generoso! Alejandro, el debelador de Darío, no le sobrepujó jamás, ni le igualó tampoco. No puedo creer que Carlomagno y Arturo le fueran comparables. Para decir verdad, en todas partes del mundo se hizo temer de unos y querer de otros.» Así cantó el trovador Gaucelmo Faidit, y su canto de duelo dió la vuelta al mundo.

CAPITULO II

LA CONQUISTA

I. La sucesión de Ricardo Corazón de León. Arturo y Juan Sin Tierra. Tratado de Goulet.—II. Preparativos de la conquista. Asesinato de Arturo.—III. Toma de Chateau-Gaillard y de la Normandía. Anexión de los países aquitanos.

I.—La sucesión de Ricardo «Corazón de León.» Arturo y Juan «Sin Tierra.» Tratado de Goulet (1)

Juan Sin Tierra, que sucedió á Ricardo Corazón de León, era inteligente, ingenioso, muy bien dotado, como todos los de su raza, para la política y los negocios; pero al mismo tiempo innoblemente vicioso, vengativo, sanguinario, codicioso, desleal, violento contra los débiles, y sumiso y cobarde con los poderosos. A su lado Felipe Augusto fué un modelo de honor y de virtud: queda dicho todo. Contra un adversario como el rey de Francia, hubiera sido necesario que en la política interior de Inglaterra no hubiera cometido Juan ninguna de esas faltas que paralizan la acción exterior delante del extranjero. Y sin embargo, va á pasarse todo su reinado en guerra perpetua con los nobles y los clérigos de su propio reino. Jamás hubo más impopular ni detestado soberano.

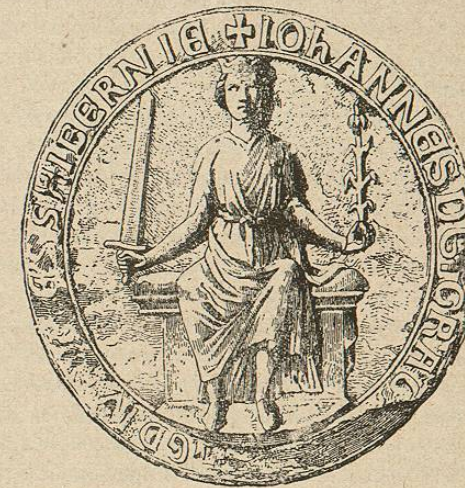
La primera cuestión á discernir era la del derecho con que Juan sucedía legítimamente á su hermano Ricardo, muerto sin hijos. Tenía como competidor el hijo de su hermano mayor Godofredo, el joven Arturo de Bretaña. Este reclamaba, apoyado en el derecho de representación, todos los países de que su padre Godofredo había entrado en posesión, á no haber muerto. Juan Sin Tierra le oponía otro derecho, igualmente practicado en ciertos puntos del dominio anglo-normando y que autorizaba al mayor de los varones sobrevivientes á hacerse con la totalidad de la sucesión en litigio. Invocaba igualmente la razón política, el principio de la indivisibilidad de las altas baronías y los Estados reales, contando con negarse también á acceder á las pretensiones de Arturo en el caso en que éste, renunciando á la corona de Inglaterra y al ducado de Normandía, se limitara á reclamar con la Bretaña, su herencia propia, el condado de Anjou y el ducado de Aquitania. Juan reivindicaba, en la misma Bretaña, siempre por la ley feudal, la guarda ó bailío de su sobrino menor; es decir, el goce efectivo de sus dominios hasta la mayoría de edad. Sería embarazoso resolver de qué lado estaba el derecho: las más opuestas costumbres regían simultáneamente; la ley variaba de un territorio al otro, de tal modo que todas las teorías y todas las reivindicaciones podían justificarse. La fuerza debía decidir (2).

Inglaterra y Normandía reconocieron casi inmediata-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Stubbs, prefacio de la edición de Walter de Coventry, tomo II. Duffus-Hardy, introducción á los *Rotuli litterarum clausarum in turre Londinensi asservati*, 1839 á 1844. G. Dubois, *Recherches sur la vie de Guillaume des Roches, sénéchal d'Anjou, du Maine et de Touraine*, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», tomos XXX, XXXII y XXXIV.

(2) El autor del poema sobre Guillermo el Mariscal nos presenta al Mariscal, que representaba las ideas de la alta nobleza inglesa, en discusión con el arzobispo de Ruán, Gautier de Contances, para resolver á quién competía la herencia de Ricardo Corazón de León.

mente á Juan Sin Tierra, que se hizo coronar duque en Ruán (25 de abril de 1199) y rey en Londres (27 de mayo). Pero Arturo supo encontrar protectores: el jefe de los feudales de Anjou, Guillermo de Roches, y naturalmente, Felipe, el rey de Francia. Este iba á servirse de Arturo contra Juan Sin Tierra, como se había servido de Juan Sin Tierra contra Ricardo y de Godofredo contra Enrique II. Por lo demás, patrocinando á Arturo, rompía el lazo de sumisión feudal que sujetaba Bretaña á Normandía y hacía valer sobre el gran feudo bretón el derecho superior de la casa real. Finalmente, tomaba de esto pie para introducirse en las regiones vecinas de la Bretaña, Maine y Anjou, preparando de



Sello de Juan Sin Tierra

este modo los espíritus á que aceptarían la dominación de los Capetos.

Guillermo de Roches va á convertirse en el instrumento principal de las conquistas de Felipe Augusto en el Oeste. Este magnífico propietario angevino, aliado á la rica casa de Sablé, era tan conocedor de la guerra como de la política. Ricardo Corazón de León le había contado en el número de los comisarios encargados de negociar sus tratados con Felipe Augusto y nombrado su senescal por el condado de Anjou (1197). Guillermo había llegado á ser por todo esto en la región del Loira una especie de gobernador general, el más alto per-

zón de León. «Sería preciso darse prisa en elegir, dice el Mariscal, aquel á quien debemos hacer rey.» El arzobispo responde: «Entiendo y veo que de derecho la herencia corresponde á Arturo: es mi convicción. ¡Ah, señor!, interrumpe el Mariscal, creo que tal solución sería desgraciada: Arturo es de falso consejo; no apruebo vuestra opinión, es altanero, orgulloso, y si lo diputamos para gobernarnos, daño y perjuicio nos ha de nacer de ello, porque no ama á los de la tierra (los ingleses). Si prevaleciera mi opinión, no sería rey este año. Pensad más bien en el conde Juan. Mi conciencia y mi saber me hacen ver en él el más cercano heredero que nos queda de la tierra de su padre y de la propia tierra de su hermano.» El arzobispo respondió: «¿Lo queréis así, Mariscal?—Sí, señor, concluyó Guillermo, y no es sin razón: porque á no dudarlo el hijo está más próximo á la tierra de su padre que el sobrino.» Y el arzobispo: «Mariscal, todo será, pues, como lo deseáis.» Es preciso confesar que este arzobispo era de buena condición y fácil de contentar, pues el argumento del Mariscal poco valor tenía realmente: no era cuestión ahora de la herencia de Enrique II, sino de la que dejaba Ricardo; no era la oposición entre el derecho del hijo y del sobrino, sino entre el derecho del tío y del sobrino, lo que hacía cambiar la cosa por completo.